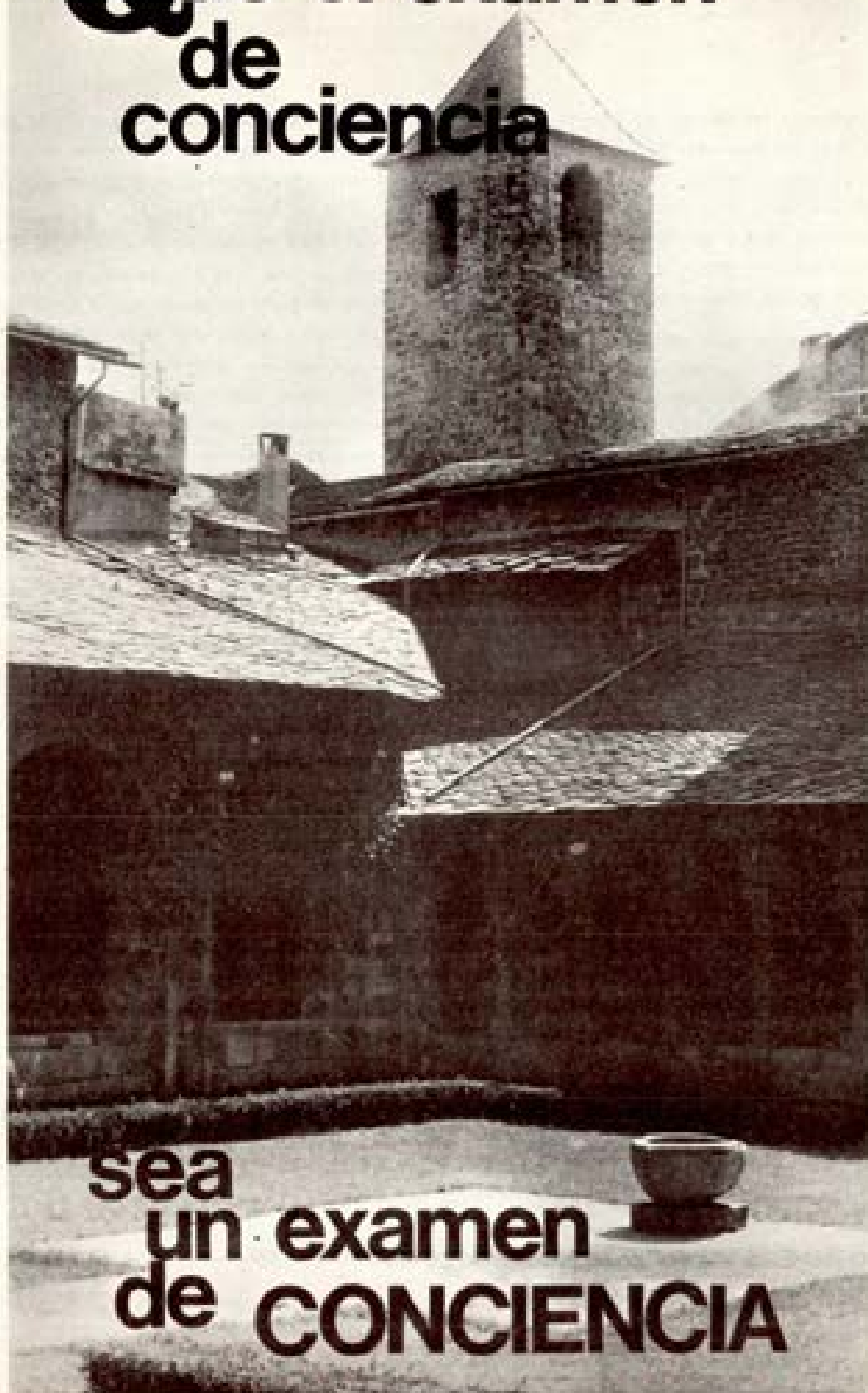


Que el examen de conciencia



sea
un examen
de **CONCIENCIA**

Al escribir estas reflexiones pensamos en esos padres de familia que están acostumbrados a hacer su «examen de conciencia» previo a una confesión (casi siempre con una periodicidad que responde más a una necesidad interna de pedir perdón). Les han acostumbrado a puntualizar el número de pecados y sus circunstancias y han hecho del

examen de conciencia una técnica de recopilar datos, y no un auténtico examen de las propias actitudes religiosas, negativas cuando se trata de pecado o posturas pecaminosas. Cuando son estos padres los que enseñan a sus hijos la técnica del examen de conciencia, existe el peligro de que les acostumbren a preparar una confesión sin llegar a conocer a fondo la situación verdadera de la conciencia, la actitud religiosa más profunda, que está en el fondo de todo pecado. Por eso les dedicamos estas reflexiones, que no simplifican el acto de examinar la conciencia, pero le dan la dimensión del esfuerzo por conocerse de verdad.



¿Examen de conciencia o examen de pecados?

A veces tenemos la monomanía de los exámenes. Consideramos fundamental estar revolviendo nuestro pasado. Y no hacemos un esfuerzo por enfrentarnos con nuestro presente (exige sinceridad) o por afrontar el futuro que va a depender también de nosotros, aunque muchas veces preferíamos someternos a un hado que pesase sobre nuestras vidas, pero que tendría la ventaja de no hacernos sentir responsables de nuestras propias decisiones.

Con frecuencia nuestros exámenes son un recorrido más bien superficial sobre unos mandamientos completamente esclerotizados en los que no encontramos más porque no sabemos a punto fijo en qué consisten.

Comenzamos nuestros exámenes con mucha frecuencia creyendo que lo importante es saber lo que hemos hecho (lo que hemos cometido, decimos) cuando hay otras dos cosas mucho más importantes: saber lo que no hemos hecho (lo que hemos omitido) y sobre todo por qué hemos hecho lo que hemos hecho (las actitudes, la raíz profunda y personalísima que ha sido el motivo de esas floraciones superficiales que llamamos nuestros pecados).

Un examen de actitudes

Llevar la luz hasta los bajos fondos de nuestra conciencia. La estadística de los pecados de superficie, su descripción y clasificación, que ha sido el pasatiempo de tantos moralistas (quizás botánicos frustrados y que encontraron un bonito campo de aplicación para su afán de clasificar y subdividir) y la preocupación de tantas almas timoratas y escrupulosas, no es lo importante en un examen de conciencia eficaz.

Al hacer ahora la presentación de las diversas actitudes, raíces reales de ese montón de hechos que llamamos nuestros pecados, intentamos señalar los posibles fallos de nuestra postura religiosa. Es como ver el negativo. Un sentido religioso auténtico tiene que afectar a nuestras actitudes más personales, por íntimas que sean.

El ser esquemáticos nos forzará a ser un poco tajantes en las expresiones. Pero los espejos, cuando más tersos, mejor reflejan nuestra propia imagen. Ya sabemos que no siempre nos gusta mirarnos al espejo.

1

Hipocresía:

la del fariseo: quedo satisfecho porque cumplo y porque todos me tienen por cumplidor en realidad no sé en qué consiste cumplir ni me importa saber por qué cumplo, aparte de parecer

la del autojusto: necesito sentirme dentro de la ley incluso en el acto en que me reconozco pecador, tengo siempre justificantes, falté a misa, pero... Gané de más, pero es que...

la del timorato: yo no tengo especial interés por la religión, pero no me atrevo a presentarme como descreído aparte de que si quisiera fundamentar mi falta de fe, lo único que quedaría patente sería mi colosal ignorancia en materia de religión por eso, no compliquemos las cosas... total no cuenta tanto salvar las apariencias de cristiano.

2

Envidia:

tristeza: del bien ajeno, de los triunfos de los demás.
alegría: del mal ajeno, de los fracasos de los demás.

De la envidia proviene casi siempre nuestro malestar, pero muy pocas veces queremos confesar la verdad, porque sentirse envidioso es empequeñecerse, y aunque seamos mezquinos, no queremos reconocernos como tales.

3

Dureza de corazón:

en sentir las penas de los demás: con auténtica falta de cariño, siendo penas ante las necesidades ajenas... viviendo ya con un corazón lleno de estadísticas.

en juzgar a los demás: dictaminando sobre las intenciones, haciendo caso omiso de la posible historia interior de la vida ajena en querer vengarse, aunque justificándose y llamando a la venganza con nombres mucho más asequibles a nuestro nivel de civilización.

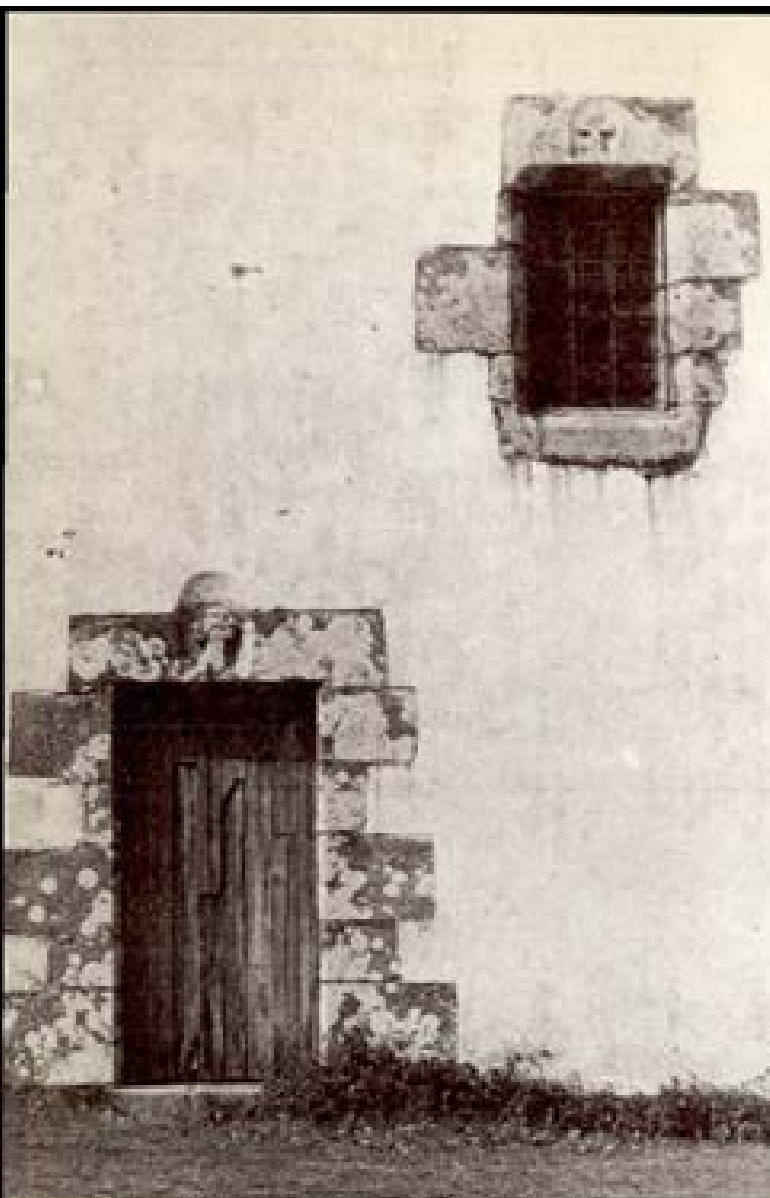
4

Pereza:

sin explotar los propios talentos

viviendo en barbecho, dejando, quizás, cualidades formidables sin descubrir o promocionar





total: yo ya tengo mi vida suficientemente resuelta...

5

Avaricia:

reteniendo más de lo justo (creyendo que el derecho de propiedad es un derecho absoluto, que no tiene una dimensión social que limita su infinitud) sintiendo la necesidad de acaparar para basar la se-

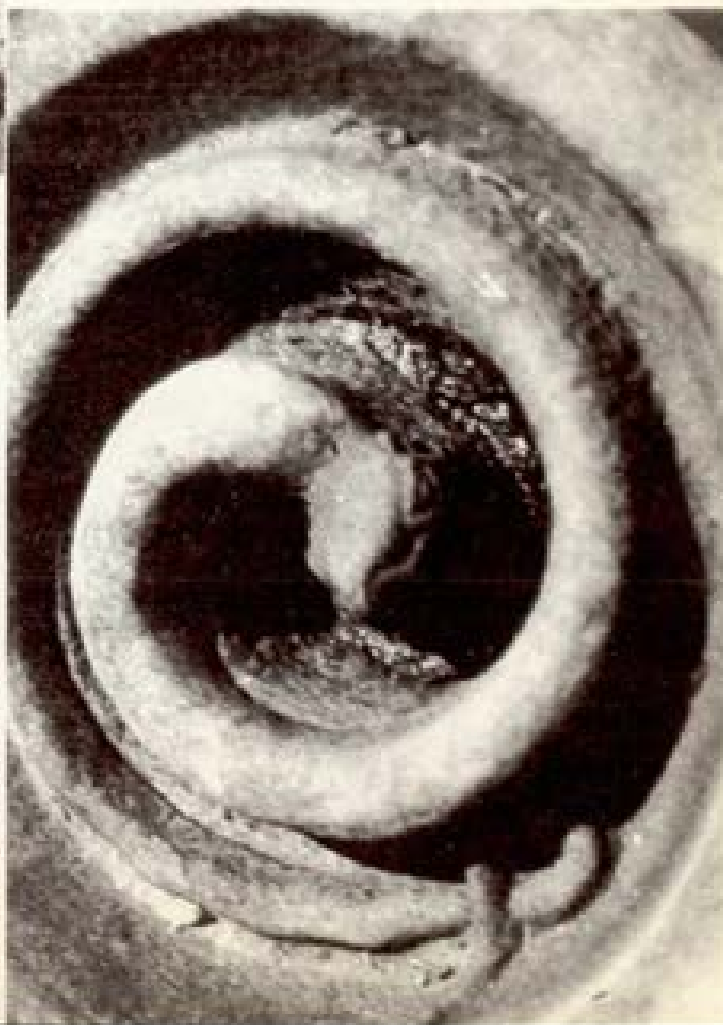
guridad del futuro más en lo que ya tengo y no, en lo que Dios me vaya dando.

6

Mediocridad:

el contentarse con los límites mínimos (donde comienza el pecado) presentar una galería de mediocridades: profesionales mediocres, cristianos mediocres, personalidades mediocres...

como si no se traccionase nada con eso como si pudiese existir una religión que se basa



toda ella, en su ser y en su propagación, en el testimonio, si ese testimonio es de mediocridad. Esa es la gran traición al cristianismo. No son nuestros pecados de sorpresa o debilidad. Es la mediocridad de nuestro testimonio.

7 Ateísmo práctico

el olvido de Dios en nuestra propia religión: somos capaces de rezar sin hablar nunca con Dios. ¿Ha tenido usted alguna vez la experiencia de Dios?

el olvido de Dios en nuestra moral: que organizamos solo desde un punto de vista ético, como si la moral evangélica se redujese a coordinar a Confucio con Platón.

el olvido de Dios en nuestro destino personal: ateísmo práctico que no da posibilidades a las decisiones y proyectos de Dios sobre nuestras vidas.

el olvido de Dios en nuestros sufrimientos y contratiempos: no admitiendo intrusiones desagradables de ese a quien llamamos Señor, sin querer que lo sea.

una vida perfectamente aseptica, atea prácticamente.

8 Pequeñez de espíritu

no atreverse a asumir responsabilidades

no confiar a Dios el propio futuro y la propia salvación

la afición a la letra de la ley divina y a la seguridad, apeteciendo sólo el estar en regla con Dios, porque el sentimiento fundamental es el del sentirse seguro.

9 Superficialidad

que es ignorancia muchas veces

ignorancia profunda, incluso en los aspectos más fundamentales de nuestra religión (es tan fácil jugar al solisma con estos católicos de nuestra tierra)

ignorancia tan lamentable que muchos católicos son incapaces de hacer una síntesis de las creencias claves de su fe, y mucho menos de sus fundamentos. (¿Por qué tanto miedo a la libertad religiosa?)

10 Esclavizarse a la opinión de los demás:

vivir de lo que se lleva, ser satélites de la publicidad

de una moda que también tiene sus repercusiones en materia religiosa y en las decisiones morales (¿cónyuges responsables del número de hijos?)

11

Inmunizarse contra la humildad:

haciéndola consistir en lo que no consiste: en una declaración falsa de que uno no vale, en protestas de pequeñez

no aceptándose, no queriéndose reconocer limitado, no aceptar como recibido todo lo que se nos ha dado, no aceptar nuestra condición existencia de criaturas, y de salvado en un plan que se eligió para nosotros sin contar con nosotros.

12

Prescindir de lo que no se ve:

vivir dependiendo de las impresiones sensibles

esclavizarse al presente, al evidente triunfo temporal de los irresponsables

hacer el bien únicamente por la recompensa presente

anclarse en la manera de ver las cosas que tienen los que no tienen fe,

• • •

Interrumpimos el recorrido. La raíz de todas estas actitudes, la clave de todas ellas está formulada en un letrero que anda escrito por muchísimas paredes de nuestras ciudades,

en las subidas de las torres que visitan los turistas, y en las cercas casi de adobes blanqueados donde hacen sus primeros ensayos de cultura los que ayer dejaron de ser analfabetos. Todos escriben lo mismo con desigual ortografía: ¡Viva yo!

Este es, en realidad, aquel punto de apoyo que necesitaba Arquímedes para mover el mundo. Enraizados y anclados en el egoísmo. Este egoísmo tiene sus raíces más hondas en un instinto que los psicólogos llaman desde voluntad de poder hasta instinto de conservación.

Las personas que nos llamamos cultas no escribimos por las paredes este letrero porque nos enseñaron que era de mala educación escribir por las paredes y que es una vergüenza presentar a las claras ante todo el mundo que vivimos de nuestro egoísmo. Nos dijeron que el egoísmo hay que disimularlo. Y hemos encontrado una fórmula formidable para camuflarlo: hemos utilizado las paredes del propio corazón para escribir el mismísimo letrero: ¡Viva yo! Y cada latido de nuestro corazón lo hace vivo y motor de nuestra vida.

Hubo otro corazón que escribió otro letrero: ¡Vivan los demás! Le costó caro vivir con esta divisa. Pero fundó una nueva religión y dió la piedra angular de toda actitud religiosa sincera. El mandamiento original de la ley cristiana se formuló así:

amamos los unos a los otros
como yo os he amado
como os améis a vosotros mismos.

El egoísmo es la actitud subyacente a toda otra actitud y a todo pecado.

Y por eso es una actitud antiegoísta, el amor al prójimo, la que se presenta como raíz de un auténtico sentido religioso.

Porque lo importante es crear actitudes que motiven todas nuestras acciones, y también los arrepentimientos de nuestras debilidades, desde luego.